

cunstanciales, en los que entra en diálogo con algunos filósofos y teólogos del presente siglo. Ogden advierte que se trata de entrar en conversación con ellos para apropiarse de modo crítico lo que han aportado. Se ofrecen reflexiones sobre la concepción de la analogía de Ch. Hartshorne, la cristología de R. Bultmann y la contribución a la teología sistemática de W. Marxen.

Como vemos, en la obra se recoge el pensamiento maduro de uno de los principales teólogos protestantes actuales. Puede ayudar a conocer el planteamiento y los problemas que se debaten en la teología protestante en norteamérica, aunque hay que ser consciente de que, al insistir en la experiencia como criterio de validación, la obra no escapa al subjetivismo: en último término es la propia subjetividad la que determina el contenido de la fe.

F. Conesa

J. Heywood THOMAS, *Philosophy of Religion in Kierkegaard's Writings*, The Edwin Meller Press, Lewiston 1994, 194 pp., 16 x 23, 5. ISBN 0-7734-9591-6

Kierkegaard es, sin duda uno de los autores que suscita en estos tiempos un mayor número de estudios sobre su obra. El ensayo de J. H. Thomas se centra en algunos aspectos de su filosofía de la religión o, por decirlo mejor, en su «teología filosófica».

Así, tras un par de Capítulos introductorios de tipo biográfico e histórico-cultural, el Autor afronta dos grandes cuestiones metodológicas —el principio de subjetividad y la posición de una paradoja absoluta— junto con un tema típico de la teodicea: la existencia de Dios. Como puede observarse, ni la naturaleza de la religiosidad, del culto, de la fe, de la oración o de la salvación —temas

centrales en una filosofía de la religión, tal como se entiende esta disciplina fuera del ámbito anglosajón— merece ser destacado en este estudio de Thomas. A continuación nos centraremos en los aspectos metodológicos ya mentados, que parecen los más interesantes.

La expresión *principio de subjetividad* se presta a equívocos. Thomas, que se mueve con soltura en la bibliografía danesa y europea acerca de Kierkegaard, sostiene que en su pensamiento influyeron largamente Lutero, Franz von Baader, Schelling y Hamman. Ciertamente todos comparten la primacía de lo subjetivo, pero qué sea la subjetividad a la cual se refieren no es un tema suficientemente aclarado. En Kierkegaard el principio de subjetividad aparece formulado en términos de primacía de la salvación (p. 65) y contrapuesto al tratamiento objetivista-cultural de la Iglesia tan propio del hegelianismo; ahora bien, ¿esto es característico de Kierkegaard o bien no es igualmente uno de los ejes del Evangelio predicado por Jesucristo?

Sería más clarificador hablar de un «primado de la persona», del existente concreto por encima de las generalidades abstractas. En efecto, Thomas reconoce, con Haecker, que Kierkegaard no es en modo alguno subjetivista (p. 68) ni antepone una fe subjetiva a la revelación divina (p. 76). Se insiste reiteradamente en que la fe cristiana es algo personal y no cultural; pero afirmar que la fe cristiana no puede ser objeto de teorización alguna (p. 70) supone dejarse llevar por los giros hiperbólicos tan propios del teólogo danés, para acabar cayendo en una «*petitio principii*» (pues entonces, ¿qué sentido tendría este libro de Thomas?).

La fe cristiana es, según expresión de Kierkegaard, esencialmente paradójica en cuanto síntesis de certeza e inevidencia. Pero «la Paradoja Absoluta» es el objeto central de nuestra fe: Jesucristo, Dios y hombre simultáneamente. En general,

Kierkegaard reivindica el papel intelectual propio de la paradoja; así dice en ocasiones que ella es el embrión de las verdades más grandiosas. Thomas dedica buen número de páginas a investigar sus orígenes, que halla principalmente en las lecturas que Kierkegaard hizo de Tertuliano y de San Atanasio. El tema de la Absoluta Paradoja se origina en la confrontación con Hegel, para el cual Dios es el Absoluto que asume la idea de Humanidad, pero negando sus limitaciones. Por el contrario, en Jesús se nos ofrece a la vez un hombre verdadero —definido y delimitado en cuanto individuo— que es verdaderamente Dios. Esta afirmación cristiana se resiste a ser asumida por la dialéctica hegeliana, pero —afirma Kierkegaard— no es un sinsentido, sino una paradoja. La mente humana no puede captar lo divino si no es paradójicamente —sin saberlo, Kierkegaard alude a la triple vía tomista de predicar cualidades de Dios: afirmación, negación, sublimación—; la mente humana enfrentada al Dios vivo encarnado en Jesucristo se enfrenta a la mayor paradoja que puede concebirse. Thomas subraya que Kierkegaard no es «irracionalista» (pp. 126 ss.), queriendo así significar que no es fideísta, aunque algunas de sus expresiones literarias tomadas aisladamente puedan dar pie para interpretarlo así. De nuevo citando a Haecker, el Autor reconoce que el misterio de Cristo es simplemente superracional, pero no lógicamente absurdo (pp. 128 s.).

Thomas concluye que Kierkegaard, a pesar de sus debilidades, representa un hito en la filosofía de la religión tanto al trazar una vía lógica (paradójica) para describir la fe, como al subrayar su carácter personalista. Desde la perspectiva que ofrece la historia de la teología, no cabe duda que este último aspecto es quizá su aportación más novedosa y válida.

J. M. Otero

Gerhard EBELING, *Wort und Glaube. IV: Theologie in Gegensätzen des Lebens*, J. C. B. Mohr Verlag, Tübingen 1995, 687 pp, 16 x 23, 5. ISBN 3-1614-6334-X

Publicado veinte años después del anterior volumen de «Wort und Glaube», este cuarto tomo recoge publicaciones de Ebeling ya antiguas («Historia de la Iglesia y derecho canónico» data de 1947) y otras más recientes («Hermenéutica entre la fuerza de la Palabra de Dios y su influencia en la modernidad» se publica en 1994). El título alude —según el Autor— al carácter mismo de su teología, situada entre polos antitéticos pero vitalmente asumidos en unidad; es igualmente el título de una colaboración suya publicada en 1995 dentro una obra colectiva; ahora encabeza esta antología de ensayos. Ebeling entiende que la teología luterana se mueve incesantemente alrededor de estos dos grandes conceptos: *palabra* y *fe*. Pero *palabra* no es sólo la de Dios, sino también el vehículo de comunicación humana universal por excelencia, que abre las puertas del creyente a los grandes problemas de la vida en toda su complejidad. De ahí surge una tensión que constituye el ámbito propio del quehacer teológico.

Resulta imposible comentar todos los temas abordados a lo largo de estos ensayos en casi setecientas páginas. Cabe, eso sí, enunciarlos: aparte de los dos ensayos antes mentados, se trata en este tomo acerca de la naturaleza de la teología, el concepto de religión y su relación con la fe, la actividad del Espíritu Santo en la historia de la Iglesia y en la historia universal, la identidad del luteranismo hoy en día, el papel del concepto de *autoridad* dentro de la teología luterana, el valor científico de la Biblia, la responsabilidad propia del teólogo, la naturaleza de la teología fundamental y de la teología filosófica, las relaciones entre teología dogmática, exégesis y ética, el